La pobreza reserva a sus preferidos la única dicha verdadera que hay en el mundo, el don que constituye la belleza de los seres y de las cosas, que derrama su encanto y sus perfumes sobre toda la naturaleza: el Deseo.

«Todo es dolor en la vida humana y no se ofrece una tregua al sufrimiento.» Así habló la nodriza de Fedra, y nadie ha desmentido aún las ansias de su corazón. «Sin embargo—añade la vieja cretesa—estimamos la vida porque después de ella sólo hay oscuridad tenebrosa, donde sembraron fábulas.» Amamos así la vida, la dolorosa vida, porque amamos el dolor. ¿Sería posible no amarlo? Se parece al goce y con frecuencia se confunde con él.

POSTFACIO

Estos recuerdos—continuación de *Pedrin*—ofrecen una veracidad absoluta en los hechos, los caracteres y las costumbres. Cuando empecé a escribirlos sin orden y sin ligaduras (en el *Libro de mi amigo* y en *Pedro Nozière)*, vivían aún muchos testigos de mi infancia, y para presentarlos en público tuve que variar sus nombres y su condición, temeroso de ofender su modestia o su orgullo, sentimientos de una extremada sensibilidad entre las personas bastante felices para vivir oscuramente. Sólo ver su nombre impreso les trastornara; los elogios y los reproches divulgados hubieran sido para ellos una contrariedad. Acerca de mi padre y mi madre, como sólo agradecimiento y alabanzas les debí, para que mi tributo les fuese agradable tuve que ofrecérselo velado.

Hace tiempo que reposan los dos juntos bajo una piedra musgosa, en el lindero del bosque donde se acogió su vejez tranquila. Y ahora que los años devastadores arrastraron en su corriente mi triste infancia, temo aún que mi amor filial por desgracia lastime alguna de sus fibras arraigadas en el pasado profundo.

Creo pues que hice bien lo que hice al no publicar esas historias conforme a la costumbre de los que refieren su vida o una parte de su vida. Me atreveré a decir, con una espléndida impropiedad de lenguaje, que casi todas las Memorias son Memorias de Ultratumba. Pero yo no dedico mis recuerdos infantiles a la posteridad, ni supongo que puedan interesar a la raza futura esas bagatelas. Estoy convencido al presente de que para todos los que ahora vivimos, soberbios y humildes, la gloria póstuma debe ser tan vana como lo fué para los últimos escritores de la antigüedad latina; estoy convencido de que la Europa nueva será muy diferente de la que se derrumba a nuestros ojos, y de que no prevalecerán en ella nuestras artes ni nuestro pensamiento. Como no soy profeta no pude prever la espantosa y próxima ruina de nuestra civilización cuando a los treinta y siete años, en medio del camino de la vida, oculté mi nombre para referir mis recuerdos. Considero más acertado y más cómodo hablar de mí en esa forma para acusarme, ensalzarme, compadecerme, sonreírme, reprenderme con libertad. Los venecianos de otros tiempos tenían la costumbre de colgar de un botón de su traje una mascarilla como la palma de la mano para advertir a los transeuntes que no estaban dispuestos a ser interrogados; y pasaban sin que nadie les hablara. De igual modo advertí con ese nombre supuesto que, sin ocultarme, tenía el propósito de que nadie me saliese al encuentro.

Este recurso también tiene para mí la ventaja de permitirme ocultar mi falta de memoria, y confundir los engaños del recuerdo con las invenciones de la imaginación. Logré combinar incidentes nuevos en sustitución de los olvidados, pero estos incidentes me ayudan sólo a ofrecer la verdad de un carácter. Creo firmemente que nunca se mintió de una manera más verídica. En cierto lugar de sus *Confesiones* Juan Jacobo hace una declaración que a mi parecer es muy semejante a la mía.

Declarada mi carencia de memoria, esto requiere una explicación: La mayoría de las imágenes que se proyectaron en ella se han perdido en absoluto, pero lo que se conservó queda claro y fijo: mi memoria es un brillante museo.

El modo usado para escribir mis recuerdos infantiles ofrece otra ventaja que a mi juicio es la más importante: asocia en lo posible la ficción y la realidad. Repito que mentí poco en mis relatos, y nunca en lo esencial de ellos; lo que mentí se debe al propósito de ofrecerme agradable y oportuno. Nadie ha visto la verdad desnuda. Ficción, fábula, cuento, mito: he aquí las vestiduras bajo las cuales la conocieron y la estimaron siempre los hombres. Supongo que sin algo de ficción desagradara *Pedrín*, y hubiera sido lastimoso, no por mí, que no aspiro a nada, sino para todos aquellos a quienes ha insinuado ideas bondadosas y virtudes humildes que procuran la felicidad. Sin algo de ficción es difícil sonreír.

Reconozco, sin embargo, que todo tiene sus inconvenientes. Hágase lo que se haga, tropezaremos en consecuencias enojosas. Mi cofrade Luciano Descaves, con su penetrante ingenio y su profundo sentido de la realidad, analizó *Pedrín* y dedujo lo que había perdido mi padre al ser convertido en médico. Sin duda perdió una librería, lo cual es mucho para un bibliófilo como Luciano Descaves; pero nadie conoce mejor que yo el poco interés de mi padre por esa librería que le he quitado. Desprovisto de ambiciones comerciales, gozaba más en la lectura que en la venta de sus libros. Su inteligencia metafísica no consideraba el exterior de las cosas; no estimó los libros por su figura, y odiaba a los bibliófilos. Sin miedo a la paradoja, diré que el doctor Nozière en su despacho tiene un parecido más profundo con mi padre que mi propio padre en su librería. Suprimí lo que le había dado la fortuna y le di en cambio lo que se armonizaba con su naturaleza. Confieso que suprimí una librería, y suplico a Luciano Descaves que me lo perdone, atento a que abrí otra para Jacobo Dalevuelta. Creo que Descaves ha señalado mi defecto mayor, y supongo que nadie me recriminará por haber colocado la casa de mi padrino a cien pasos de la calle de los Grands-Agustins, en la calle de Saint-André-des-Arts, donde habitó Pedro de la Estoile. No he modificado en lo más mínimo las costumbres de muchos contemporáneos de mi infancia, y de algunos, como el señor Dubois, conservé hasta

el nombre, sin más que añadirle un título nobiliario que no le correspondía.

Ya dije anteriormente que me hallaba dispuesto, como Juan Jacobo, a probar que ningún hombre ha podido considerarse mejor que yo, y me apresuro a decir que no me ha enorgullecido esta convicción. Los hombres, en general, son peores de lo que parecen; se ocultan para cometer actos que los harían odiosos o despreciables, y se muestran para obrar de manera no sólo admisible sino admirable. Rara vez abrí una puerta inadvertidamente sin descubrir un espectáculo lastimoso, degradante o terrible de la condición humana. ¿Qué hacer? No es prudente decirlo, pero no es justo callarlo.

¿Fuí siempre fiel a la verdad que me apasiona? Hace poco lo afirmé; después de reflexionarlo maduramente, no lo juraría. No hay mucho artificio en estos relatos, pero es posible qne no les falte; y quien dice artificio, dice preparación, disimulo, mentira.

Es necesario saber si la lengua humana se presta perfectamente a la expresión de la verdad. Se originó en el grito de los animales y conserva su carácter. Expresa los sentimientos, las pasiones, las necesidades, el goce y el sufrimiento, el odio y el amor; pero no se amoldó a la verdad. La verdad no reside en el alma de los animales silvestres; tampoco en la nuestra; y los metafísicos que la buscan, son lunáticos.

Todo lo que puedo decir es que obro de buena

fe. Lo repito: amo la verdad; creo que la Humanidad la necesita; pero creo también que necesita con preferencia la mentira que la estimula y la consuela, que le da esperanzas inmarcesibles.

Sin el engaño, la Humanidad moriría de aburrimiento y desesperación.

FIN

INDICE

Páginas

Prefacio 9
I.—Nunca se da bastante 11
II.—Los infortunios de la hija de los troglo-ditas 33
III.—Las enseñanzas de la naturaleza 41
IV.—La señora Laroque 59
V.—El señor Dubois 63
VI.—La bifurcación 71
VII.—Alsine para los pajaritos 85
VIII.—Romanticismo 103
IX.—Prestigios 113
X.—Amistad vana 123
XI.—Eglé 133
XII.—Bachillerato 139
XIII.—De qué modo fuí académico 145
XIV.—Ultimo día de colegio 157
XV.—Elección de carrera 161
XVI.—El señor Ingres 175
XVII.—El aposento del señor Dubois 179
XVIII.—Las flores se marchitan 193
XIX.—Las porfías del señor Dubois 197
XX.—Apología de la guerra 201